

Biblioteca-Films

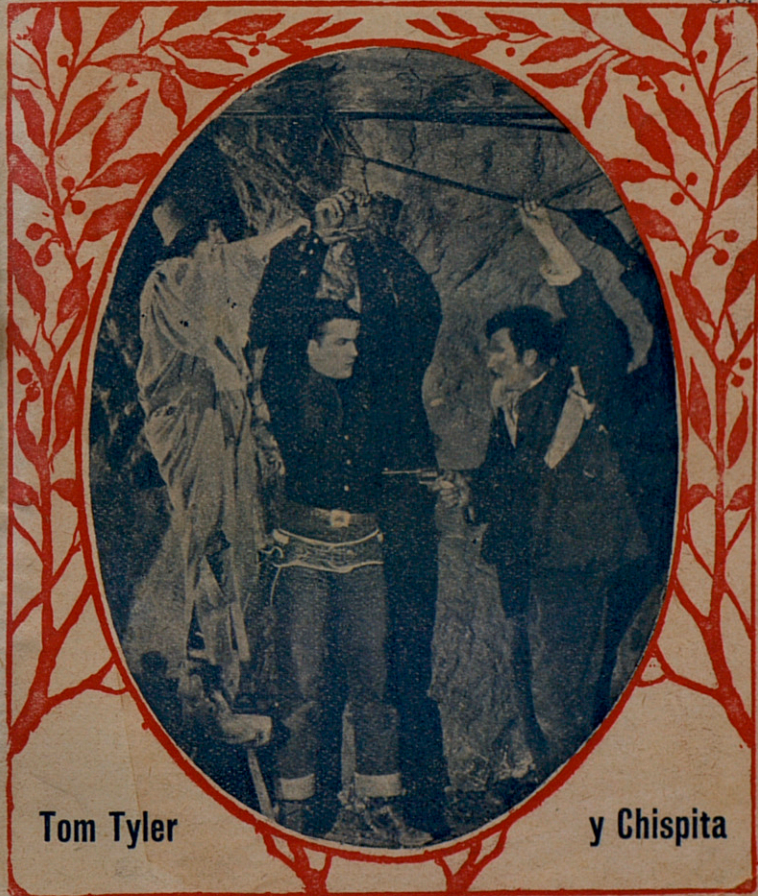
NÚM.

310

EL VALLE DEL MISTERIO

25

CTS.



Tom Tyler

y Chispita

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234-Apartado 707

Sdad. Gral. Española de Librería: Barbard, 16

B A R C E L O N A

AÑO VI

APARECE LOS MARTES

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

Núm. 310

EL VALLE DEL MISTERIO

Adaptación en forma de novela, de la
película de aventuras del Far-West
cuyos patagonistas son los celebres

TOM TYLER y

TYRANT OF RED GULCH
1928

FRANKIE DARRO (Chispita)

Versión literaria de NORMA ALAS

EXCLUSIVAS - CINEMATOGRAFICA

VERDAGUER

Consejo de Ciento, 290 Barcelona

REPARTO

Carlos Masters	TOM TYLER
Pedrin	F. DARRO (Chispita)
Olga Andrinoff	JOSEPHINE BORIO

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

LA MINA DE ORO

Entre las montañas de Sierra Madre, el Valle del Misterio traza una interrogación. Los buscadores de oro que hasta allí se aventuraron, no volvieron jamás.

Rodeada de grandes y negruzcas rocas se encontraba la entrada de una mina, que era el espejuelo que atraía a los aventureros y en cuyo interior unos hombres brutales, habían impuesto la ley del revólver, a los incautos que, atraídos por el espejuelo del fabuloso negocio que representaba la vieja mina, se habían atrevido a traspasar aquellas fatídicas moles de las altivas rocas que resguardaban y protegían la entrada de la mina.

Casi todos los que se habían atrevido a ir en busca de la fortuna que la naturaleza sabía les brindaba, perecían en manos de los tres hombres que estaban a las órdenes del que se había apropiado de la mina, y cuya personalidad era un secreto para todo el mundo, salvo para aquellos tres aventureros.

Cinco aventureros habían quedado únicamente en rehenes y eran más que seres, infelices esclavos, cuyo trabajo abrumador a golpe de látigo y puñetazos, no tenían más remedio que acatar las órdenes y hacer cuanto trabajo se les imponía.

Aquella vida era irresistible y sólo deseaban la muerte, pero ésta no llegaba mientras podían dar provecho con sus menguadas fuerzas.

En una cueva cercana a la entrada del valle y no lejos de la mina de oro, podía verse a un viejo de luengas barbas blancas, bastante corpulento, sentado en un pequeño montículo a la entrada de aquella cueva, al cual, la leyenda popular atribuía a aquel brujo la extraña desaparición de los buscadores de oro.

A este viejo de aspecto repulsivo y semblante huraño, acompañaba otro tipo que tampoco inspiraba gran confianza y que era el único que seguramente podría aclarar la verdad, el cual se llamaba Abel y era la mano derecha del brujo y su perro fiel y sumiso... pero el pobre era idiota.

En aquel momento apareció por el camino un joven de semblante risueño y porte varonil, cabalgando un caballo de pura sangre árabe, y a su lado un niño de tez bella y revuelto pelambre, montado también en un "poney", contoneándose con gracia suma.

El joven llamábase Carlos Masters, cuyo hermano se contaba entre los mineros desaparecidos y el niño que le acompañaba, se llamaba Pedrín, hijo del desaparecido, y, por lo tanto, sobrino de Carlos.

Echaron pie a tierra, y una vez se hizo cargo el joven Carlos del sitio en que se hallaban, dijo a su acompañante:

—Me parece que esa debe ser la entrada del valle, Pedrín. ¿?

—También lo creo yo, tío.

Dejaron los caballos atados a un arbusto que allí había y fueron acercándose a la entrada de la cueva.

Con alguna precaución, aunque muy poca, pues el recién llegado no era temeroso, escudriñó el interior de la cueva.

Vió al viejo y una vez le hubo examinado, dijo el joven Carlos a su sobrino:

—Quizá ese viejo patriarca pueda darnos alguna información interesante.

Y decidido a averiguar algo referente a la célebre mina de oro, le preguntó:

—¿Sabe usted algo, amigo, acerca de una vieja mina que dicen que hay en este valle?

Encogióse de hombros el preguntado, como si no entendiera o no oyera lo que le decían.

Volvió a hacer la misma pregunta, que, lo mismo que la vez anterior, no mereció contestación, pues por lo visto el viejo era sordo,

—El amigo, es sordo y tonto por añadidura, Pedrín. ¡Nos hemos lucido!

—Será mejor que nos larguemos, tío... y cuanto antes mejor, pues no estoy tranquilo al lado de este hombre.

Hicieron una seña, como despidiéndose de aquel hombre de las barbas blancas, correspondiendo éste con un movimiento lento y poco expresivo, como queriendo saludar y dando a entender que no podía contestar de palabra.

Montaron nuestros viajeros en su cabalgaduras, no sin que antes Pedrín se volviera dos o tres veces, pues aquel hombre le había hecho mala espina y, sin saber por qué, casi tenía miedo, apreciación que expuso a su tío, y contestándole éste que nada debía temer, pues debía ser algún guardián de aquellos contornos.

Emprendieron la marcha y como era ya al atardecer no quisieron arriesgarse, decidiendo volver al poblado, pues el camino que habían emprendido conducía a lo más intrincado del bosque y sólo se veían peñas y rocas.

Hacía un buen rato que habían andado, cuando se pararon, y Carlos dijo al pequeño:

—Acamparemos por aquí, Pedrín, y mañana veremos si encontramos algún rancho donde poder preguntar.

En el Valle del Misterio había un sólo ran-

ño que pertenecía a dos hermanos rusos y, que por haber muerto su padre hacía un año, estaban bajo la tutela de un tal Sergio Pavlovich, amigo del difunto, el cual era jefe del rancho y tutor de los huérfanos.

Estos eran Boris y Olga Andrinoff, jóvenes y muy simpáticos ambos, al revés de su tutor, que resultaba un tipo de mal talante, alto, fornido y que tenía la idea de casarse con Olga, para adueñarse de su fortuna, no abrigando un gran interés por la suerte de su hermano.

Olga, no obstante, no tenía la menor intención de corresponder al amor que Sergio le brindaba, y, a causa de ello, la había maltratado de obra varias veces, con la consiguiente protesta del hermano, pero debido a ser muy joven y una naturaleza mezquina, no se veía con grandes ánimos para poner a raya a su tutor.

Cuando los presentamos a nuesetros lectores se estaba desarrollando una de estas escenas.

—Olga me ha dicho que la ha maltratado usted otra vez, porque no quiere ser su esposa.

—Debe comprender ella y tú mismo también, que lo que yo deseo es vuestro bien.

—Pero no a la fuerza lo conseguirá usted.

—Lo conseguiré, de la forma que sea.

—¡Pues eso no puedo tolerarlo! Soy dé-

bil, pero también los débiles saben castigar.

—Hombre, parece que lo tomas en serio.

—Tan en serio, que si vuelve usted a hacerlo, yo le juro que le mataré.

—¡Creía haberte enseñado ya quién es el único que alza la voz aquí, pero veo que necesitas otra lección!

Esta amenaza exasperó aún más las iras de Boris, el cual, deseando defender a su hermana de una vez para siempre y dispuesto a jugarse el todo por el todo, levantó la mano amenazadora; pero Sergio, más forzado que él, cogióle por la muñeca y haciéndosela girar casi en redondo, le obligó a arrojarse ante él, al tiempo que le decía:

—Cuidadito con lo que se hace, amigo, no vayas a perderlo todo de una vez, pues no sabes con quien te juegas los cuartos.

A los gritos que profirieron los dos, acudió Olga, la cual se hizo cargo en seguida de la escena de acababa de desarrollarse, y al ver a su hermano en el suelo, dijo, encarándose con Sergio, con toda la energía de que era capaz aquella tierna y angelical criatura:

—¡Es usted un miserable, es usted un cobarde!

Encogiéndose de hombros Sergio por toda respuesta, pues no le convenía entrar en discusiones con Olga, pues lo que deseaba era captarse sus simpatías, si bien comprendía que sería difícil conseguirlo.

—Usted olvida que es nuestro tutor y no nuestro amo—añadió Olga, viendo que daba la callada por respuesta.

—Eso es lo que le he dicho—observó Boris—; pero, por lo visto, no quiere comprendernos y sólo desea hacer su voluntad.

—Lo que debéis entender vosotros, es que aquí quien manda soy yo; pues vuestro padre, mi gran amigo, me dió órdenes muy severas y yo sólo deseo vuestra felicidad.

El final de esta disputa fué oída por Carlos y Pedrín, que por casualidad pasaron por aquel lugar, pues andaban buscando a alguien para aveiguar el camino que debían seguir para hallar la fatídica mina.

—¡Parece que aquí están muy ocupados ahora para venir con preguntas...!

—Pronto lo sabremos—replicó Carlos, que no obstante tener siempre en cuenta las observaciones que le hacía su sobrino, deseaba en aquella ocasión salir de dudas.

Después de saludar, preguntó con todo respeto:

—Buenas tardes, señores. Andamos buscando algunos datos acerca del Valle del Misterio. ¿Podrían ustedes proporcionárnoslos?

Los tres se le quedaron mirando, pues, al parecer, si bien quedaron sorprendidos, tampoco le dieron una gran importancia.

—He oído alguna historia referente a cierta mina perdida.



—Almuerce usted con nosotros

Este comentario de Sergio no satisfizo del todo a Carlos, el cual volvió a insistir, preguntando con gran interés e indicando que aun que no fuera mucho lo que pudiera decirle sobre este asunto, se lo agradecería.

Al ver la insistencia del muchacho, Sergio le miró con más atención y después de pensarlo un rato y como respondiendo a un plan trazado, le dijo, con amabilidad mal disimulada, que llamó la atención de Boris y Olga, pues ya le conocían de sobras, detalle que pasó desapercibido por Carlos.

—Almuerce usted con nosotros. Comiendo le diré lo poco que sé.

Aceptó gustoso esta indicación y seguido de Pedrín, entraron al rancho de los hermanos, acompañados de éstos y de Sergio.

Al poco rato ya estaba la mesa preparada y sentados alrededor de ella los personajes que ya conocemos.

La conversación, como era natural, quedó circunscrita hablando del Valle del Misterio y de su famosa mina de oro.

Acentuando las palabras y acechando el efecto que le hacían, dijo Sergio a Carlos:

—Supongo que no ignora usted que muchos hombres perdieron la vida buscando esa mina.

Al hacer esta advertencia, todos los allí reunidos creían entender que era un aviso amistoso que se le daba al recién llegado, pues no otra cosa cabía sospechar de aquel hombre.

Carlos, que así mismo lo entendió, le dijo:

—Comprendo su idea y le agradezco sus buenas palabras; pero, para mí, el único misterio del valle, consiste en la inexplicable desaparición de los mineros.

El pequeño Pedrín seguía con gran interés la conversación, hasta que, con la naturalidad y desenfadado en él habitual, permitiéndose opinar también, diciendo:

—Lo que yo quisiera saber era algo acer-

ca del viejo de la cueva que hemos encontrado antes. No sé por qué se me figura que ese pájaro es de cuidado.

Boris, animado ya por la presencia de aquellos forasteros, los cuales le habían sido sumamente simpáticos, también se permitió dar su opinión, o decir lo que sabía o había oído referente al asunto que se estaba tratando.

—Se le cree un brujo. Dicen que lanza su hechizo sobre todos los que entran en el valle.

Su hermana Olga, ya respuesta del disgusto de aquel día con su tutor, y animada por la presencia de los recién llegados, también creyó conveniente dar su opinión y dijo, viéndola la sonrisa que aparecía en los labios de Carlos, pues no creía en supercherías y lo que le contaban se le antojaba cuentos y leyendas de chiquillos:

—Usted no lo creerá, señor, y tal vez sean fantasías, pero lo cierto es que nadie ha salido vivo de allí.

Siguió la conversación versando sobre el mismo tema, hasta que Carlos, cuando creyó que ya había bastante, aunque todo era bastante ambiguo, pues noticias concretas no le podían dar ninguna, exclamó, con tono decidido y muy sereno:

—Diga la gente lo que quiera, nosotros

saldremos de aquí vivos y en perfecto estado de salud.

—Yo deseo que así sea—respondió Olga, palabras que le hicieron ruborizar, sin saber por qué y bajó los ojos al suelo.

Aquella muestra de simpatía no pasó desapercibida por Sergio, y se le antojó que aquel hombre podía desbaratar sus planes.

¿Tendría razón?...

La cena había ya terminado y Sergio, levantándose, dijo con bastante amabilidad:

—Ustedes me dispensarán, pero tengo que salir. No creo preciso recordarles que están ustedes en su casa.

Cogió su sombrero de anchas alas y con una sonrisa leve que partía de debajo de su fino bigote negro, dió las buenas noches y salió.

En cuanto quedaron solos, Orga y Boris casi se abrazaron a Carlos, y con gran sentimiento, le dijeron:

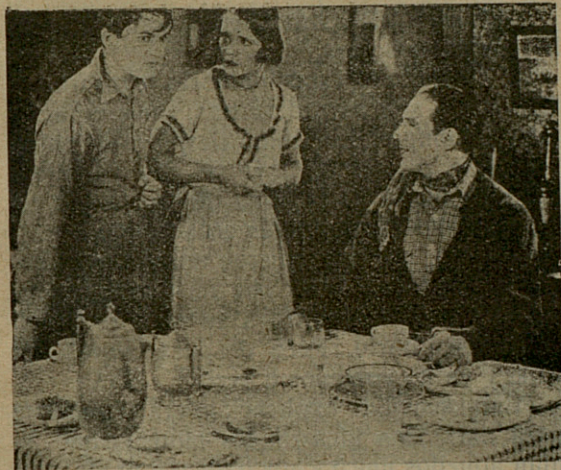
—No busque usted esa mina, señor. Créanos a nosotros.

—Les agradezco mucho su interés, pero no tengo miedo.

—No sabe usted lo arriesgado que es esta empresa y al final para salir vencido.

—A “nosotros” no nos han vencido nunca, ¿verdad tío? — preguntó Pedrín, dándose tono.

—Cierto, pequeño. Y, sin que sea jactan-



—Es una aventura demasiado peligrosa

cia, espero que esta vez también saldremos con la nuestra.

Estas palabras, dichas con gran naturalidad y estando ya cansados, tanto Olga como Boris, de la vida que les obligaba a seguir su tutor, pues veían que a la postre no tendrían más remedio que abandonar aquella casa, no obstante y ser suya, antes que ceder a los fines bastardos de querer conseguir a la fuerza el amor de Olga, ésta dijo a Carlos, interpretando el pensamiento de su hermano:

—Si está usted firmemente resuelto a ir, llévenos a nosotros.

El efecto que estas palabras causaron a Carlos, no son para descritas; pues no acertaba a comprender, cómo después de haber intentado disuadirle a él de que desistiera de ir en busca de la mina de oro, ahora tenían los dos tanto interés en acompañarle.

—¿Pero, por qué quieren ustedes ir?

—Debe usted saber que mi padre encontró la mina, la registró a su nombre y volvió a decírnoslo. Pero después regresó al valle y ya no volvimos a verle.

(Esta sencilla explicación era suficiente para darle una idea de los motivos que tenían aquellos muchachos para seguir su suerte. Pero le llamaba la atención que no lo hubieran determinado antes.

—Es una aventura demasiado peligrosa—dijo Carlos para convencerles—. Sería preferible que se quedasen ustedes aquí.

Deseando ya Boris hacer la última confidencia, dijo, lleno de rencor:

—El verdadero peligro está en este rancho, señor. Tenemos que huir de Sergio Paulovich. ¿Es nuestro verdugo!

—Pero, ¿es posible?

—Esta misma mañana me maltrató sin piedad, porque me he negado a casarme con él.

Esta exclamación, hecha con toda sinceri-

dad por Olga, fué la gota de agua que determinó la resolución de Carlos, y aun por si ello fuera poco, vino a hacerla más firme la opinión del pequeño Pedrín.

—¡Duro con él, tío! Si no ayudas a esta muchacha, no eres mi amigo.

—¡No hay más que hablar!—dijo con tono resuelto Carlos—. Iremos todos juntos a buscar la mina.

Y allí mismo empezaron a cambiar impresiones referente al plan a seguir, pues estaban de acuerdo en que de ningún modo debía Sergio Paulovich enterarse de sus propósitos, pues al saber que se le escapaba la presa, o sea la pequeña Olga, que era, según su criterio, lo que más le interesaba, se opondría tenazmente a su partida.

De pronto pararon la conversación, pues creyeron haber oído un ruido fuera del rancho.

Salieron, pero no vieron a nadie, por lo que entraron otra vez, continuando la interrumpida conversación.

No fué una ilusión el ruido que percibieron.

Cuando Sergio salió, diciendo que se marchaba, quedóse detrás de la puerta para oír cuanto decían y así se enteró de toda la conversación, crispándosele los puños de rabia, pues veía que se esfumaban sus pretensiones.

Pero, decidido a todo trance a salirse con

la suya, tomó su determinación y dispuesto a hacerles fracasar su plan, montó en su caballo, partiendo rápidamente.

LA COARTADA

Teniendo ya los cuatro muchachos la determinación de emprender su aventura y librarse al mismo tiempo de la persecución de su tutor, a la noche siguiente, y una hora antes del amanecer, los cuatro emprendieron su camino.

Con toda clase de precauciones tomaron por el atajo, siguiendo el mismo camino de la víspera, hasta encontrar la cabaña del viejo.

Lo encontraron sentado en la misma forma que lo habían visto el primer día y después de examinarle nuevamente, Carlos dijo a sus acompañantes:

—Este es el brujo de que nos habló Paulovich. Hay, en efecto, algo extraño en él, pero no podemos detenernos a averiguarlo.

Montaron nuevamente en sus cabalgaduras y fueron en busca del camino que ya conocían Olga y Boris, para llegar cuanto antes al tétrico Valle del Misterio.

Hicieron alto para almorzar y allí estuvieron una hora aproximadamente para dar descanso a sus caballos.

Veloz como un rayo, vemos a un jinete que ya conocemos.

Es Sergio.

Llega a una encrucijada, y allí se encuentra con dos hombres, de caras patibularias.

Les da una orden y vuelve a emprender una nueva carrera.

Aquellos dos hombres se esconden entre unos matorrales, aguardando algo sin duda.

Volvamos a la cabaña del brujo y vemos a su brazo derecho que, como ya habíamos indicado, se llamaba Abel, que iba tocado con un viejo sombrero, del cual asomaba una pluma raída, el cual echó a correr hacia el monte y una vez allí hizo una pequeña hoguera, a la cual prendió fuego, haciendo unas ridículas piruetas.

La llama empezó a tomar proporciones considerables.

Los dos hombres que, siguiendo las instrucciones de Sergio, habían quedado escondidos, al ver la señal del fuego que había encendido Abel, dijeron:

—¡Es la señal! Esos muchachos se acercan.

En cuanto acabaron de almorzar los cuatro aventureros, Carlos, tomando la iniciativa, les dijo a sus compañeros:

—Creo que no hay nada que temer, pero por si acaso, voy a hacer un reconocimiento

por los alrededores. Luego me reuniré con ustedes.

—No se vaya muy lejos. Tengo el sentimiento de que nos espían.

Esta advertencia de Pedrín, detuvo unos momentos la determinación de Carlos, pero hombre de carácter decidido y que por nada ni por nadie se detenía, pronto tomó su determinación, insistiendo en su primera idea y partió, para tomar la vanguardia de la expedición y hacer una exploración de aquellos agrestes lugares.

Pedrín no quedó conforme con la marcha de su tío y aun que le costó trabajo convencer a los dos jóvenes, les dijo que le aguardaran breves instantes y que en seguida se reuniría con ellos.

Pronto se reunió con su tío, al cual le dijo:

—¡Yo voy contigo adonde tú vayas!

—Pedrín, yo confiaba contigo para velar por Olga. Mira, o vuelves junto a ella o vuelvo yo.

El tono con que fueron pronunciadas aquellas palabras, obraron el milagro y, aunque de mala gana, no tuvo más remedio que obedecer.

Volvió al sitio adonde había dejado a los jóvenes, y grande fué su sorpresa al ver que no estaban ya.

—Triste de mí, ¿qué he hecho? ¡Cómo me va a regañar mi tío!

Y casi le saltaron las lágrimas. Claro está que lo que ocurrió no hubiera podido evitarlo él, pero se hacía la ilusión que era más valiente que su tío. Y esto ya era decir.

Lo que había pasado fué lo siguiente:

En cuanto partió Pedrín salieron los dos hombres que estaban escondidos, echándose encima de los dos jóvenes a los cuales encañaron, obligándoles a seguirles.

Por entre unas rocas estuvieron andando bastante rato y Olga perdía por momento sus fuerzas.

En vano buscaban con afanosos ojos si distinguían el raudal correr del caballo de su amigo Carlos, pero el silencio más sepulcral reinaba por todas partes y veían estaban abandonados a su triste suerte, pues no les cabía duda de que aquella detención era obra de su tutor y difícilmente podría dar Carlos con ellos, pues desconocía aquellos sitios.

Después de más de una hora de andar, al fin llegaron a la entrada de una especie de gruta y allí se detuvieron.

EL VALLE DEL MISTERIO

En cuanto llegaron allí, se convencieron de que estaban frente al funesto Valle del Misterio, al cual mucho tiempo no se habían acercado por miedo a lo que ocurriría a cuantos intentaban penetrar el terrible misterio que de boca en boca iba corriendo.

Rodeado de altas peñas y matorrales, asomaban dos grandes bloques de piedra que daban un escaso y reducido paso al interior de aquella caverna, conocida por la mina de oro.

Poca era la vegetación que existía por aquellos alrededores, como si la sabia naturaleza quisiera castigar con una vida estéril, las hazañas de unos hombres despiadados, que más que seres humanos parecían fieras.

Tres años habían cumplido desde que el padre de Olga y Boris había adquirido la propiedad de la mina de oro, pero desde el momento que había dejado de existir, y por dificultades en arreglar los asuntos de trámite y traspaso de dicha propiedad, cuyas dificultades había procurado crear el terrible Sergio, eran muchos los que habían acu-

dido en busca del preciado tesoro, pero todos pagaban con la vida sus anhelos de ambición.

Sólo algunos, muy pocos, quedaban en rehenes y para trabajar en la mina, desde luego, eran estos gente joven y que por su temperamento no se rebelaran contra las órdenes que recibían.

En este caso eran terriblemente asesinados y mutilados horriblemente.

Esta fué la suerte que corrió el infortunado hermano de Carlos al cual quería vengar.

Poco podía suponer que el día anterior había sido asesinado. ¿Qué esfuerzo no habría él hecho por librar a su hermano? Pero era ya tarde.

Los dos malhechores hicieron entrega de los dos jóvenes al que hacía las veces de jefe, el cual dijo:

—Llega a tiempo este hombre, pues me faltaba uno para el trabajo y reemplazar a Masters que ayer "dejó el trabajo".

Esta frase dicha con toda la perversidad de un alma innoble, hizo estremecer a Olga y a Boris.

Masters era el hermano de Carlos.

Boris fué puesto al corriente del trabajo que se le encomendaba, y le entregaron un pico y una pala, advirtiéndole de que debía

andar ligero en su cometido, pues de lo contrario probaría el látigo.

Olga fué encerrada en otra cabaña que había allí cerca, esperando las órdenes de Sergio.

Al fin tenía la presa en buen recuado.

Volvamos a nuestro héroe Carlos.

Este había corrido los dos caminos que iban desde el punto adonde había dejado a sus compañeros hasta la cabaña del viejo de las barbas blancas, y al volver al sitio donde se había despedido de sus amigos, tuvo la gran sorpresa al no encontrarlos.

Sin saber a ciencia cierta lo que hubiera podido ocurrir, determinó regresar a la cabaña del viejo, y a todo galope allí se dirigió.

Detrás de unas rocas dejó su caballo, y estuvo al acecho largo rato.

Allí le aguardaba una sorpresa mayor todavía.

Al poco de estar vió llegar a Sergio Paulovich, con su sombrero de anchas alas.

Dejó que entrara y entonces dió la vuelta a todo alrededor de la pequeña montaña de roca viva, en cuyo interior existía la cabaña del viejo y de su criado Abel.

Cerciorado de que su pistola estaba bien cargada y decidido a jugarse la última carta de una vez, entro sin detenerse en el interior de la cabaña.

Como de costumbre, encontró al viejo, sentado junto al fuego y al ente extraordinario que se llamaba Abel a su lado.

Acercóse al viejo y, gritando cuanto pudo, le dijo:

—He visto a Sergio Paulovich entrar aquí. ¿Dónde está?

Poco ni mucho se inmutó el viejo, pues a pesar de los gritos de Carlos no oyó lo que le decía.

Nuestro intrépido joven no sabía qué partido tomar y por primera vez en su vida estaba desconcertado.

¿Qué tendría que ver Sergio Paulovich con aquel brujo o lo que fuera, de aquella cueva?

¿Sería el viejo el arma de Sergio para sus fines bastardos?

Aquella situación no podía durar.

Fijóse detenidamente en Abel, y su tipo de idiota no le inspiraba miedo alguno, más bien le consideraba como a un infeliz puesto al servicio de Sergio o del viejo para ayudarles en sus planes.

Como era de esperar, al fin se le ocurrió una idea.

De un puñetazo tiró al suelo un gran jarro que había encima de una mala mesa.

Al ruido que hizo al romperse, el viejo volvió el rostro, prueba evidente de que no era tan sordo como había demostrado en diversas ocasiones.

—Yo creía que no podía usted oír—dijole Carlos, y, empuñando su revólver, añadió—: ¡Veremos ahora si puede usted hablar!

El viejo pareció quedar en suspenso y no se movía.

—¡Le doy un minuto de plazo para decirme dónde está Paulovich!

Trancurrió un buen rato y el viejo no se determinaba a hablar.

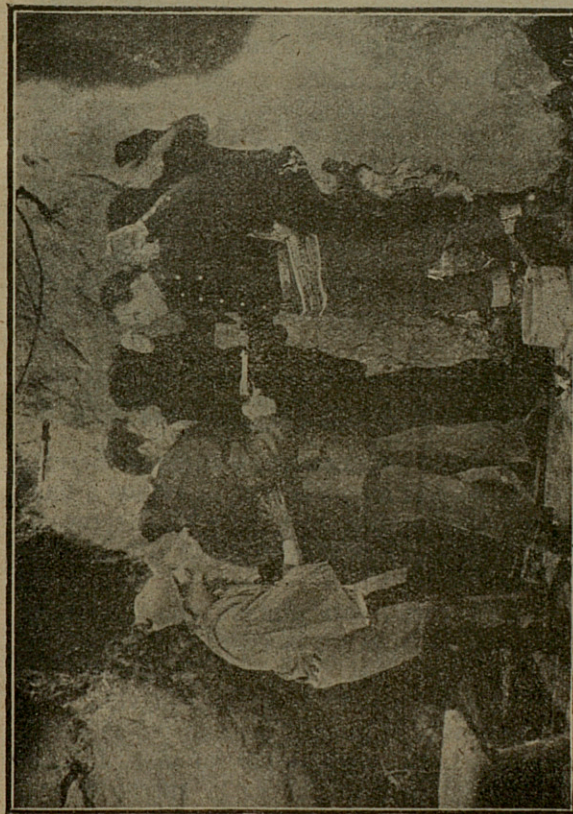
De pronto, éste, de un salto, que sorprendió a Carlos, pues le creía casi impotente para ni siquiera levantarse, echóse encima de él, sin que le diera tiempo de defenderse ni disparar el arma.

Rodaron los dos por el suelo, y aquel hombre que parecía casi un inválido, defendíase como un hombre en la plenitud de la juventud.

Aquel alarde de fuerza dejó a Carlos confundido y no acertando a comprender lo que ocurría.

Pero pronto tomó la iniciativa en la lucha que sostenía, pues durante los primeros momentos el que dominaba la situación era el viejo.

En uno de los momentos de aquella riña feroz, Carlos le cogió por el cuello, pero al hacer un esfuerzo el viejo para quitarse las manos que le atenazaban, le cayó la peluca y una barba, todo ello postizo, quedando al



— Esta cueva está minada con dinamita

descubierto la faz terrible de Sergio Paulovich.

Lleno de asombro, exclamó Carlos:

—¡Paulovich!

—El mismo—contestó él.

Carlos no quiso saber ya más, aquello era superior a sus fuerzas, se había visto burlado por aquel hombre y a toda costa deseaba la revancha y acabar de una vez con él.

Reanudaron la lucha, más feroz si cabe que al principio, rodando los dos por el suelo.

Abel, el idiota, miraba con curiosidad la lucha y al ver al suelo a Carlos y en un instante de lucidez, cogió un grueso garrote que allí había, y le dió un tremendo porrazo con todas sus fuerzas al pobre Carlos.

Este quedó sin sentidos, y entonces Sergio le puso en pie, atándole por las manos a una cuerda que pendía de lo alto de las rocas, y cuando volvió en sí, con mofa le dijo Sergio:

—Esta cueva está minada con dinamita. Un pequeño tirón de la cuerda, y hasta las rocas volarán. Así, cuando se le cansen los brazos, usted mismo se quitará la vida.

Carlos veía la partida perdida por momentos, no es que temiera por su vida, lo que sí le tenía preocupado era la suerte de los jóvenes y también la de Pedrín.

Con toda la perversidad de su alma y para atormentar más a Carlos, le dijo:



Carlos amenazando a los hombres de Sergio

—Ahora, con su permiso, voy a ocuparme de la pequeña Olga y del imbécil de su hermano.

Esto dijo y marchóse.

Pedrín, que andaba loco por aquellas montañas en busca de su Carlos, llegó por fin a la cueva donde acaba de desarrollarse la escena que hemos relatado.

Comprendiendo que era impotente para salir en defensa de su tío, decidió esperar los acontecimientos y éstos no se hicieron esperar.

Al ver que Sergio se marchaba, aguardó un instante y para hacer salir al idiota de Abel, tiró una piedra dentro de la cueva, a cuyo ruido aquél salió y viendo al pequeño echó a correr para darle alcance.

Durante buen rato le estuvo persiguiendo, hasta que Pedrín se escondió y Abel le perdió la pista.

El pequeño regresó a la cueva, encontrando a su tío atado, y éste le dijo:

—Corta la cuerda, Pedrín. ¡Pero no te cuelgues de mis brazos!

Como Pedrín no alcanzara subióse a la mesa y desde allí, con el cuchillo de monte de su tío, le cortó las cuerdas que le sujetaban.

—Ven corriendo, Olga y su hermano han sido capturados.

Los dos emprendieron una frenética carrera en busca de sus compañeros.

Mientras, Sergio se hallaba ya cerca de Olga y sostenían el siguiente diálogo:

—¿Qué ha hecho usted con mi hermano?

—Tengo el sentimiento de decirle que es mi prisionero.

—Lléveme junto a él, se lo ruego.

—¡Deje en libertad a Boris! No tiene usted derecho a reterle en este agujero.

—No hago más que cumplir vuestros deseos—contestó Sergio con sorna—. ¿No estáis los dos ansiosos por encontrar la mi-



— Entreguen a Sergio Paulowich, y sus hombres al sheriff

na?—Pues ya estáis en ella. Si hubieses sido razonable y te hubieras casado conmigo, esto no habría sido necesario.

—¿Qué es lo que piensa usted hacer con nosotros, matarnos?

—No me interesa que te mueras. Todavía estoy dispuesto a casarme contigo, si me cedes la mina de tu padre.

—Esto nunca—replicó con energía la joven.

En esto un ruido llamó la atención de Sergio, y vieron por una ventana como Carlos y Boris y tres de los presos que tenía en la mina, amenazaban con sus pistolas a sus hombres de confianza. Comprendió que le habían ganado la partida y decidió escapar llevándose con él a Olga, y contra la voluntad de ella la montó en mismo caballo, emprendiendo la huida.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores que Carlos, con su valentía y arrojo, había penetrado por sorpresa en la mina de oro, y a su llegada había sido secundado por Boris, a los cuales se juntaron los otros que sufrían el cautiverio.

Al darse cuenta de que Sergio huía con Olga, montaron a caballo y les siguieron hacia la cueva.

En cuanto llegaron ya estaba allí Sergio que, al mismo tiempo que abrazaba a Olga

con la otra mano tiraba de la cuerda que haría saltar aquellas rocas, y le dijo:

—¡Me juego una carta decisiva! ¡Un movimiento y moriremos todos!

Creyendo a su amo en peligro, el idiota hacía imposible la explosión cortando el cable que hacía contacto con el polvorín.

En el momento en que Carlos iba a arrojar encima de Sergio, éste tiró con toda su fuerza de la cuerda, quedando sorprendido de que no estallara la mina.

Entre Carlos y Boris le sujetaron, dejándolo bien atado, y diciendo a los hombres que le habían ayudado en el Valle del Misterio:

—Entreguen a Sergio Paulovich y a sus dos hombres al sheriff más cercano. Ya está vengado mi hermano y ustedes ya han recobrado la mina de su padre. Ahora en marcha, Pedrín.

Olga, aproximóse a Carlos y, con gran cariño, le dijo:

—¿Por qué no se queda usted con nosotros? Entre todos explotaremos la mina...

Y como Pedrín le guiñara el ojo y Olga era muy simpática, Carlos que había sido tan complaciente, no le iba a hacer quedar mal por tan poca cosa.

Las más Grandes Figuras de la Pantalla

solamente las encontrará en

BIBLIOTECA FILMS

y

FILMS DE AMOR

Mary Pickford	D. Fairbanks
Pola Negri	Ramón Novarro
Gloria Swanson	Charlot
Bebé Daniels	Adolfo Menjou
Raquel Meller	Lon Chaney
Alice Terry	Gary Cooper
Jacobini	Ant.º Moreno
Colleen Moore	Chiquilín
Laura La Plante	George O'Brien
Dolores del Río	Emil Jannings
Vilma Banki	Ronald Colman
Dolores Costello	John Barrimore

Lo más selecto del repertorio de estos artistas
figura en el CATÁLOGO GENERAL que
se remite gratis, solicitándolo a

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

ATENCION!!

NO DEJE DE LEER

*Pasado, presente y porvenir
por las rayas de la mano*

30 céntimos

Lo que dicen las pantorrillas

30 céntimos

*La vuelta alrededor del mundo
del "Conde Zeppelin"*

30 céntimos

Si no los encuentra en su localidad pídalos hoy mismo, acompañando el importe en sellos de correo, remitiendo cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona